

do hacía la puerta y estirando el cuello para coger un signo. El príncipe no se dignó mirarlo al parecer, pero en seguida se volvió é hizo un signo á uno de los oficiales mas inmediato á nosotros, para que comenzara. El personaje tomó entonces una lista que el embajador habia puesto en un taburete, lista de los presentes que el gobernador general ofrecia al príncipe, y leyó un discurso preliminar que informaba á S. A. de que el embajador llegado á la córte traia presentes para el *Ein-she-men*, añadiendo que la reina de Inglaterra se los ofrecia *respetuosamente*. A lo cual se levantó el mayor Phayre y dijo á media voz al *woonduk* que el lector debía rectificar aquella palabra. Despues de cambiar sordamente algunas otras el embajador repitió: «Me retiraré de la audiencia, si no se hace la rectificacion inmediatamente.» Entonces dijo el *woonduk* al lector: «Son presentes de un rey y no habeis debido decir *respetuosamente*.» Y el oficial rectificó la palabra.

Durante este incidente, el príncipe, sin salir de su inmovilidad, pareció sensiblemente conmovido: el sudor le corria por la frente en grandes gotas. Concluido el interrogatorio de ceremonia y distribuidos los presentes, el príncipe se levantó en compañía de su encantadora esposa. Las puertas se cerraron entonces ocultándolas á nuestra vista. En resumen, esta ceremonia desprovista del bárbaro esplendor de la audiencia real, no nos pareció realizada mas que por la graciosa aparicion de la princesa.

Al atravesar el patio inspeccionamos los cañones que juzgamos de fábrica europea, contra la afirmacion del *woonduk*. Despues nos detuvimos al abrigo de un sotechado, donde nos sirvieron un refresco, al que hicimos honor en apariencia. Allí el *woon* del príncipe se quejó de la falta de conveniencia ocurrida durante la lectura del discurso, incidente que debia atribuirse únicamente al lector habituado á las fórmulas de usanza. El mayor Phayre, sin embargo, exigió del *woon* la promesa de que el pobre diablo seria comprendido.

El 20 de setiembre, partí con Mr. Oldham que se dirigia al Irawady á reconocer las capas de ulla que se encuentran á 70 millas de la capital. El día siguiente el mayor Phayre tuvo con el rey una entrevista, cuyos pormenores tuvo el mayor la bondad de comunicarme por escrito.

«Nos condujeron á la parte Oeste del palacio y al acercarnos á una calle que al parecer conducia al jardín, ví una multitud reunida bajo un edificio circular, donde habia festejo de baile y música. Era la córte, y como el rey estaba presente, tuve que descalzarme, y así avancé en compañía del *woonduk*, de Mr. Spears y de dos ó tres oficiales birmanes. El rey estaba sentado en un sofá realizado sobre un estrado, y se me guió al grupo de los ministros que

estaban á corta distancia del rey. Habia mucha gente y todos estaban acurrucados en el suelo, escepto los bailarines. Fuera del edificio se hallaban los guardias de uniforme rojo, sus cascos de papel mascado y sus fusiles entre las piernas cruzadas.

En seguida se me hizo saber que el rey deseaba hablarme en particular y me condujeron á otro aposento, en cuyo inmediato verandah estaban agrupados los guardias. Allí estaba el rey medio acostado en un sofá, vestido en traje del pais con un *putso* de seda, un ceñidor de colores vivos, y un sencillo gorro. Al otro extremo de la cámara se veia un vaso con una imitacion de flores de loto; á la izquierda del rey y á cierta distancia, diez de sus hijos, niños ó adolescentes se revolcaban en la alfombra.

En la antecámara una banda de músicos tocaban un dulce aire en instrumentos de cuerda. Al sentarme junto al loto observé que se me habia seguido por uno de los *awten-woons* y algunos oficiales y pajes que se aislaron en un rincon de la cámara, lo que hacia la audiencia no muy confidencial. Luego que nos sentamos, el rey hizo una señal levantando la mano y la música cesó. Entonces me dijo que mirara el vaso del loto, lo cual hice yo, viendo al mismo tiempo abrirse un boton y escaparse de él un pájaro. El rey sonrió esperando que me admirara, en lo que debí darle gusto y se lo dí admirándome. Uno de mis adláteres me manifestó que en cada uno de aquellos botones habia encerrado un pájaro, pero que á escepcion de aquel, todos se habian escapado.

Entonces comenzó una conversacion sostenida por preguntas y respuestas en el orden siguiente, si no me es infiel la memoria.

EL REY. ¿Conoceis la literatura birmana?

EL EMBAJADOR. Conozco algunas obras, sir.

REY. He oido hablar de vos hace tres años. ¿Habeis leído el *Mengula-Thoot*?

EMBAJADOR. Lo he leído, sir.

REY. ¿Lo habeis comprendido bien?

EMBAJADOR. Creo que sí, habiéndolo leído en una traduccion birmana: el original está en *pali*.

REY. ¿Cuántos preceptos contiene?

EMBAJADOR. Treinta y ocho.

REY. Muy bien: ¿Los recordais?

Y como el mayor vacilaba procurando escusar su falta de memoria, el rey se puso á enumerar uno tras otro aquellos preceptos contra el orgullo, la cólera, los malos pensamientos etc., acompañándolos de comentarios y citas que hubieran convenido mas bien á un predicador en el púlpito, que á un soberano hablando al representante de una gran potencia; potencia vecina y temida.

Religion búdica.

Para comprender bien la importancia de las preguntas y sentenciosas palabras dirigidas en esta oca-

sion por S. M. birmana al embajador inglés, es necesario echar una ojeada sobre el budismo que constituye el fondo de las creencias religiosas del rey de Ava y de casi la totalidad de sus súbditos.

Esta religion, que despues de veinte y cinco siglos de existencia cuenta de dos á trescientos millones de fieles, nació en el valle del Ganges, 600 años antes de J. C. cuando Roma tenia reyes y el Asia occidental estaba sometida á Nabucodonosor.

Gautama (el Buda), es un personaje histórico y sea cualquiera la idea de divinidad que le atribuyan sus adoradores, debe admitirsele como un grande y patriótico reformador que se levantó contra las prácticas exteriores de los brahmanes sustituyéndolas con un código de moral mas pura.

Çakya-Muni, Çakya-Sinha ó Gautama fundador de esta doctrina, era hijo de un soberano de Kapilawastu, pequeño principado, sito al Norte del Ganges entre Gorakpur y Aude, y descendiente de los Suryavas ó hijos del sol. Nacido en el año 623 antes de J. C., pasó su juventud en los placeres. A los 29 años vino la religion á demostrarle la brevedad de la vida humana y la ilusion de sus alegrías. Al punto abandonó sus palacios, sus jardines, su fausto y placeres y hasta su mujer y su hijo para adoptar el ascetismo mendicante. Por espacio de seis años se sometió á todas las privaciones y entonces, despues de profundas meditaciones, en un paraje que aun se llama *Buda-Gaya*, fue milagrosamente investido con los atributos que lo constituyeron Buda ó *ser iluminado*.

Consagró el resto de su vida á recorrer las Indias explicando las leyes de la existencia, la virtud de las acciones meritorias y predicando como fin de toda existencia la beatitud ó el aniquilamiento absoluto traducido en sanscrito por la palabra *nirvana* y en birman por la de *nigban*. A la edad de ochenta años murió entre dos árboles de *sál* en un bosque de Kusinara 543 años antes de J. C.

Sin entrar en la exposicion de las diversas fases del budismo, de sus doctrinas y especulaciones metafísicas de sus doctores, puede decirse que esta religion se caracteriza por su tendencia á hacer despreciar al hombre las cosas exteriores y alcanzar por sus propios esfuerzos, por el solo desenvolvimiento de sus facultades morales é intelectuales el estado divino del *nirvana*.

La existencia de un Ser Supremo y de su providencia parece no resaltar clara y universalmente de las ideas de Çakya y de sus apóstoles. La verdad es, que ni los birmanes, ni los cingaleses admiten el Adibuda ó Ser Supremo de los antiguos budistas, teistas de la India.

La recompensa y el castigo se perpetúan en la sucesion de las existencias que pasan por todos los grados de la vida animada, y aquí está verdaderamente

la clave del sistema, bien que, al parecer, no haya juez ni director moral.

Un destino infalible é inexorable, que podria llamarse la fuerza *operante* de la naturaleza, rige el destino ascendente ó descendente de toda criatura, segun el mérito ó demérito de la serie de sus existencias pasadas. Los mismos que han alcanzado la dicha celestial, ven su fin y deben volver á empezar las vicisitudes infinitas de la trasmigracion Anytya, Dukha, Anatta, el *Pasajero*, el *Sufrimiento*, el *Irreal*, son las condiciones de toda existencia, y el verdadero bien es libertarse de ellas por la consecucion del *nirvana*, estado que puede ser la absorcion en la suprema esencia, segun los budistas deistas, ó segun otros doctores, el nada absoluto; lo que seria al decir del sabio sanscrito Hodyson, el *lugar* y el *modo* en que viven los elementos de todas las cosas, en su último estado de abstraccion y purificados de todas las modificaciones particulares, que nuestros sentidos y nuestra inteligencia pueden comprender.

El Buda es un ser que en el pasado infinito de las edades ha concebido el deseo de alcanzar el supremo grado, á fin de adquirir la posibilidad de librar á otras criaturas de las miserias de la continuidad de la existencia. Habria podido conseguir su libertad hace miriadas de siglos; pero su libre alvedrío lo desvió de este objeto, lo arrastró en el curso de las existencias sucesivas y por amor hácia sus semejantes aceptó innumerables renacimientos, pasó aficciones y sufrimientos y pruebas comparables á los esfuerzos que serian menester para arrancar la tierra de su base. A cada renacimiento su deseo se emplea en sus fines; en su último renacimiento en la familia humana y bajo los signos manifiestos de su alto destino, abraza la vida ascética, logra el objeto supremo y se halla investido del poder y de la sabiduría de un Buda. Entonces los mundos innumerables del espacio, la vida infinita del pasado con la de todas sus preexistencias, como tambien las de los otros seres y aun los pensamientos de los hombres, se revelan á su vista. Está exento de las pasiones humanas, posee la infalible sabiduría para dirigir las criaturas por el sendero que conduce al *nirvana*, la naturaleza y sus influencias, el cielo y sus habitantes le obedecen. Pero queda sujeto al sufrimiento, á las enfermedades, y cuando suena su hora, á la muerte. Aun despues de haber adquirido la cualidad de Buda, sufre hasta el sepulcro las penalidades de la vida por sus deméritos anteriores.

La vida normal de sus discípulos es el ascetismo y la mendicidad: sus condiciones primeras son, como en la India, la continencia, la pobreza, la humildad; segun la abstraccion del mundo, el amor de todas las criaturas vivientes, la práctica de ciertos preceptos morales y numerosas ceremonias rituales.

Los ascetas búdicos tienen derecho á la adoracion de los legos: son verdaderos monjes, bien que asuman á veces el carácter de sacerdotes, cumpliendo ciertas ceremonias que, segun dicen, atraen gracias divinas sobre aquellos por quienes las cumplen, practicando ciertos deberes, como leer algunos libros sagrados al pueblo ó instruir á la juventud. Sin embargo, su principal negocio es y ha sido desde el origen el de trabajar por su propia redencion.



Damas birmanas.

debido á las reliquias de Gautama ó de sus apóstoles. Pero actualmente cualquiera pagoda, aun sin reliquias, es objeto del mismo culto. Ofrecense á las pagodas flores, cirios, hojas de oro, y los que hacen en ellas actos de adoracion adquieren méritos que darán sus frutos tan seguramente como si el Buda estuviera presente en el sagrado símbolo.

La moral del budismo, mas pura que la del brahmanismo, tiene máximas que recuerdan el evangelio. En Birmania la reputacion de los monjes tiende á mantenerse sobre un buen pie; y sin embargo, su sistema de moral no influye en el carácter del pueblo. Lo que domina en el sistema, es el llamamiento á la ternura del corazon; y con todo eso, no hay pais, como no sea la China, medio budista, donde se sacrifi-

ca la vida mas ciega, mas cruelmente, ya en la aplicacion de las penas, ya en la perpetracion de los crímenes privados.

El culto de las pagodas se explica dificilmente, bien que haya podido nacer en el origen del respeto

que la vida mas ciega, mas cruelmente, ya en la aplicacion de las penas, ya en la perpetracion de los crímenes privados.

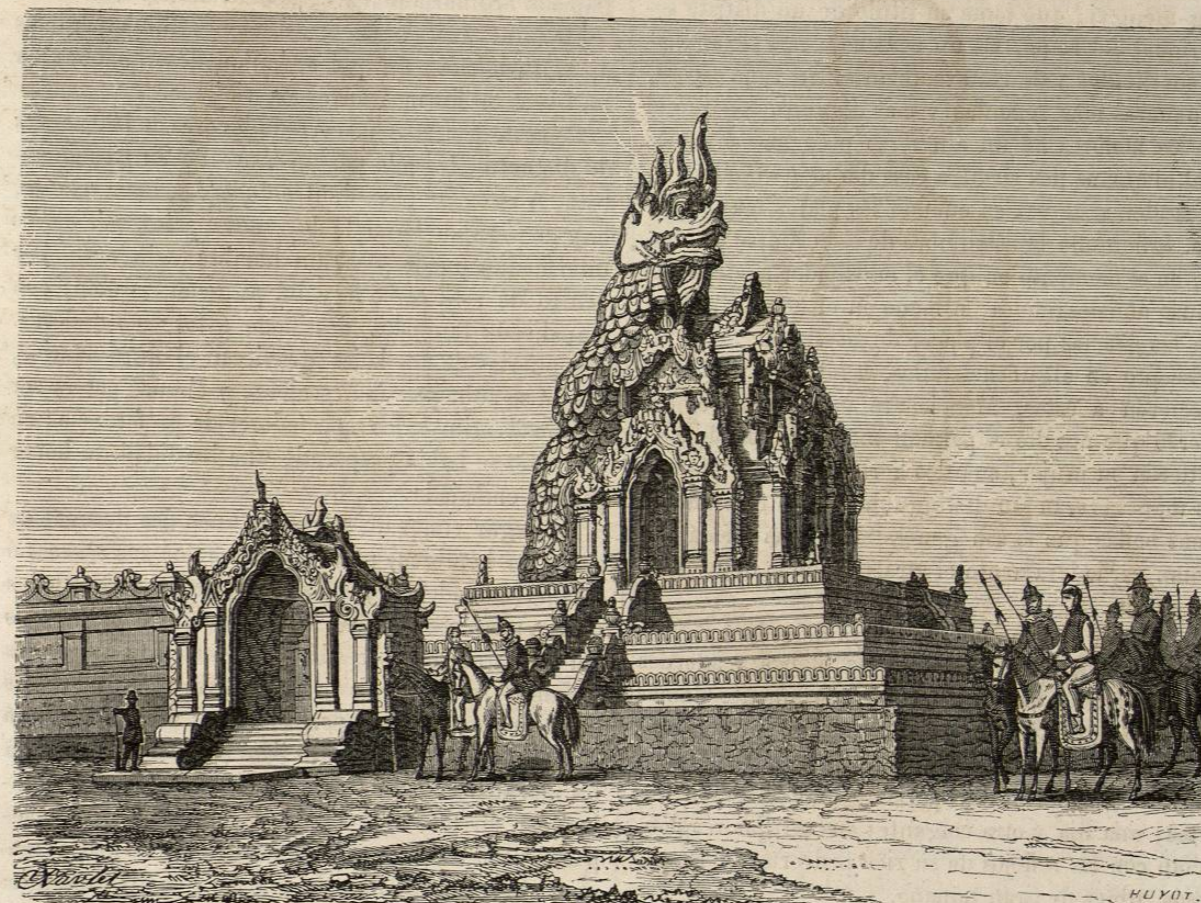
Visitas á los grandes funcionarios.—Damas birmanas.

El 24 de setiembre el embajador, acompañado del doctor Fosseyth, del Mayor Allan y de Mr. Edwards, hizo una visita de ceremonia á los cuatro *woon-gyis* y al viejo Mung-Pathea na-ma-dau-woon ó mayordomo del palacio de la reina madre, á quien nosotros conocíamos bajo el nombre de Dalla-Woon por el puesto que ocupaba de gobernador de este distrito al principio de la guerra. Quisimos hacerle este honor, tanto por ex-embajador de Calcuta, como por amigo digno de nuestra estimacion,

La primera visita fue para el magwe-mengyi, el mas distinguido de los *woon-gyis* y tambien el mas inteligente. Este dignatario salió á recibir al embajador hasta el pie de la escalera y lo introdujo en la sala de recepcion, decorada evidentemente para el acto. El piso estaba vestido de alfombras, y en el centro habia una mesa con sillas alrededor. Una ancha cortina de seda separaba la recepcion, de la parte de sala que ocupaban las mujeres. Levantada un poco esta

cortina por un lado, se las veia acurrucadas en el suelo. Gran número de birmanes respetables por su edad y bien vestidos estaban sentados indistintamente en la sala y en el verandah; en el exterior habia una multitud de curiosos acurrucados respetuosamente, con el fin de presenciar la entrevista.

Poco despues de nuestra llegada se sirvió el almuerzo. Dos bandas de una tela ancha servian de manteles; los platos, cucharas, cuchillos, salvillas,



El templo del Dragon.

lo mismo que el té, se sirvieron á la inglesa, y un indiano antiguo, criado de un oficial, hacia las funciones de mayordomo.

Sirvióse primeramente pan y manteca, tartas y buñuelos (*muffins*), y como los criados trajeran mas, el *woon-gyi* les dijo de buen humor. «Basta, basta: demasiado conocen ellos los manjares ingleses; vengán ahora los birmanes.» Y lo hicieron espléndidamente, pues contamos hasta cincuenta y siete platos en que se acumularon con profusion el dulce y demás golosinas.

A instancia del mayor Phayre, la mujer del *woon-gyi*, persona entrada ya en años, asistió tambien á la

mesa. Púsosele una silla al lado del embajador; pero la respetable señora que no estaba por tales asientos, mandó que apartaran la silla y se acomodó en el suelo á la usanza del pais. Sus principales adornos eran sortijas de diamantes de gran precio.

El *woon-gyi* hablaba con espontaneidad y júbilo, empezando por las preguntas obligadas entre ellos; es decir, por la edad de los circunstantes, por su estado, etc., y por cierto que se admiró grandemente al saber que el embajador y el mayor eran solteros. Cuando os caseis, les dijo, espero que traigais aquí á vuestras mujeres.

Sirviéronse los postres á la birmana, es decir, en

grandes fuentes llenas de platos pequeños de plata y oro, los cuales contenían nueces de betel, betel preparado, chunam, té dulce y escabechado, jengibre salado en pequeños trozos, ajos fritos, avellanas mondadas y nueces tostadas. Los convidados birmanes se deleitaban al parecer con el té escabechado y el betel, mas que con las otras golosinas y el viejo Camaretta parecía en esto birman. Los cigarros terminaron el convite.

Nuestra segunda visita oficial fue para el Meinlung-mengyi, que toma su título de un distrito setentrional del reino. Es un personaje casi sexagenario, sin dientes y de ruin semblante. Su vieja esposa, de maneras mas sencillas y mas distinguidas que él hizo los honores de un almuerzo poco mas ó menos igual al que se nos sirviera casa del magwe-mengyi, indicándonos de vez en cuando los platos mas esquisitos. Ignorando la costumbre de estrecharse las manos, en el momento en que el embajador se despedía le puso amistosamente la mano en el hombro, dándole las gracias por el placer de su visita.

Escepto en algunos detalles, las demás visitas se parecieron á éstas. Mencionaré únicamente el almuerzo que nos dió el pakhan-mengyi, porque á él asistieron su mujer, sus dos hermanas y su madre. Sus maneras eran tan distinguidas como reservadas, y mas bellas que lo son generalmente las birmanas; poseían verdaderamente el atractivo de la delicadeza y la gracia.

Vestían el *tamein* nacional, saya de seda á rayas, unas como chaquetas de muselina blanca y adornos de un esplendor que envidiarían ciertamente damas mas civilizadas. Sus pendientes eran de oro con piedras preciosas; sus collares eran cadenas de oro sencillas, ó guarnecidas de perlas y diamantes en dos sartas, una fija y otra colgante; sus sortijas resplandecían con los reflejos de su rica pedrería en la que vimos rubíes de gran tamaño.

Dos de las damas presentes se parecían singularmente y se caracterizaban por una gran frente, tipo de la raza Alompra. Eran hijas de Mekaramen, tío del rey Tharawadi, y al cual presenta el coronel Burny en su relacion, como hombre muy curioso de todo lo que se refiere á las ciencias europeas.

La madre, vieja muy dispuesta á la conversacion, que habia vivido mucho tiempo en Rangun y se envanecía de las costumbres inglesas que habia adquirido, era la viuda de Mung-Shwe-Dung, en otro tiempo woon ó ministro de la princesa reinante. Se acordaba perfectamente de Jan-ken-ning (el mayor John Canning) á quien habia conocido en Rangun.

Entre estas mujeres se nos indicó una de lindísima figura que era esposa de un tsaubwa, ó príncipe shau, de Mone. Estaba accidentalmente en la capital *con licencia*. De este modo tuvimos ocasion de ver la

alta sociedad birmana en familia, conservando de ella un recuerdo favorable.

De cómo se domau en Birmania los elefantes.

El 26 de setiembre, muchos de entre nosotros fueron á domar elefantes. espectáculo á que los birmanes son tan aficionados como los españoles á los toros.

Con este objeto, se ha construido un circo al Oriente de la ciudad y en la orilla de un lago. Alrededor se eleva para uso del rey, un pabellon de madera, llamado ordinariamente el palacio del elefante.

Hé aquí una de las instituciones fundamentales de la Birmania, de que se hallan descripciones en los libros de los mas antiguos viajeros.

Consiste el circo en un cerrado de cerca de 100 *yardas* de diámetro, trazado por un muro de 25 pies de altura. A otros 20 pies, dentro de este primer recinto, hay un segundo formado de gruesos palos, por cuyos intermedios puede pasar un hombre fácilmente. Por dentro de este cerco hay un pequeño reducto, con empalizada tambien, destinado á los espectadores. Dos puertas de dos hojas atraviesan el muro exterior, al que se sube por una escalera, y el cual parece ser el sitio favorito de los espectadores de preferencia: en este sitio se habia preparado una localidad de honor para la embajada.

Al llegar vimos un grupo de unas dos docenas de elefantes hembras, unas montadas por sus *cornacs* ó *mahuts* (domadores) y otras libres, pero reunidas todas en una masa compacta en la llanura á unos 400 metros del circo guardando cuidadosamente en su centro dos elefantes machos salvajes que habian atraído. Las hembras comprendían perfectamente su obligacion, á lo que se veía. Poco á poco iban atrayendo al circo á los machos y cuando llegaron á la entrada una hembra con su mahut ó domador pasó al interior, seguida poco despues por el mas grande de los dos machos. Cerróse entonces la puerta y se dirigieron los demás animales á otra puerta. El macho preso era ya grande, pero parecia flaco y débil, efecto natural de una abstinencia forzada. Corrió alrededor de la empalizada buscando salida; y como si reconociera el paso que se cerrara detrás de él se lanzó con todas sus fuerzas contra las vigas que servían de puerta y arrodillándose procuraba arrancarlas de su encaje. Los golpes y gritos de los que estaban detrás de la empalizada, como los agujones con que lo herían los que se introducían entre barreras, le hicieron al fin retirarse. Volviéndose para acometer, se precipitaba de cabeza contra los postes, entre cuyos intervalos se esquivaban sus perseguidores, y á su poderoso choque conmovía toda la construccion con gran contentamiento de los espectadores, pero no sin daño de sí mismo.

Despues de haber trabajado así al pobre animal

para agotar sus fuerzas, uno de los principales *mahuts* lo escitó á perseguirlo y lo atrajo hácia el corredor que formaba el paso de entrada. Las puertas se cerraron al instante, el hombre se escapó al través de los postes y el elefante se halló en una caja, donde ni se podia volver. Entonces le ataron los pies de atrás y el cuello. A fin de impedir que se desembarazara, le echaron á la oreja un nudo escurridizo, hecho con una cuerda de cuero y cuya estremidad caía por el lado opuesto del cuello. Cada vez que procuraba coger con la trompa el collar, el primer obstáculo que encontraba era esta cuerda y si tiraba hácia arriba, se hería: mientras tanto los mahuts continuaban cargándolo de ligaduras. Irritado el animal, violentaba los postes que lo rodeaban, rompiéndolos y echándolos al aire con sus dientes, pateando y rugiendo rabiosamente.

Jadeando de fatiga, se dejó caer, y entonces le pusieron otro collar mas estrecho y fuerte que el otro. De repente se alzó sobre su cuarto trasero y volvió á caer de lado... estaba muerto.

Para rendir al otro elefante se empleó un método distinto. A una señal dada, lo dejaron solo las hembras que lo acompañaban y nueve ó diez machos le dieron caza, montados por mahuts con lazos de cuero, los cuales llegaron á echarle uno á una de las patas de atrás, fijando los cabos de la cuerda á una estaca hincada en tierra. De este modo quedó reducido á un radio de 30 metros. Los viejos elefantes lo acometieron entonces á trompazos trayéndolo y llevándolo hasta que comenzó á rendirlo de fatiga. En tal estado ya dos mahuts montados en sendos elefantes se le acercaron y le echaron otro lazo al cuello, conduciéndolo así á un abrigo donde le ataron á unas fuertes estacas, y donde lo dejaron hasta que el régimen de la racion convenientemente suministrada le hiciera comprender la necesidad de la obediencia.

Algunos dias despues nos trajeron á la residencia dos elefantes bailarines que nos divertieron grandemente. Uno de ellos jóven y de seis pies de alto, solo tenia una instruccion incompleta: todo su arte consistía en levantar sucesivamente las patas á la voz del domador, y en andar de rodillas. A la orden que se le dió de andar como las damas de palacio, se adelantó hácia nosotros sobre sus patas delanteras, arrastrando las de atrás.

El mas diestro, viejo macho, estaba mas versado en su profesion. Su mahut le daba al oído órdenes á que él respondía con un gruñido de asentimiento de un efecto bastante cómico. Su paso mas artístico consistía en levantar una pata y describir un círculo antes de asentarla otra vez. Los esfuerzos de los domadores, no eran menos divertidos: sus danzas, sus gritos, sus aplausos, contrastaban graciosamente con

la torpeza del discípulo. Al fin comenzó á mover alternativamente las cuatro patas, echándolas ya á la derecha, ya á la izquierda: la gravedad de su cabeza y ojos y la singularidad de sus pesados movimientos completaban el espectáculo que tuvo un gran éxito entre todos los espectadores ingleses, bengaleses y birmanes.

Excursiones alrededor de Amarapura.

Mientras que el mayor Phayre con una paciencia ultra-diplomática y con el deseo de lograr al fin el objeto real de su mision (la conclusion de un tratado de alianza y de comercio) se sometía placenteramente á las escentricidades de la mesa de los woongys, y lo que era mas meritoria aun, á los incesantes exámenes metafísico-religiosos del rey: yo por mi parte, hacia muchas escursiones alrededor de la capital, en compañía de nuestro geólogo, el doctor Oldman, á quien calificaban los birmanes con el pomposo título de *profesor de rocas*. Mi primera excursion, dirigida hácia el Norte, nos condujo sucesivamente á Meungun, en la márgen derecha del rio, á las canteras de mármol blanco de Tsengo-myo, á las cavernas de Malé, y últimamente á la ciudad de Tsampenago, capital de una fértil comarca limitada al Oriente por la bella serie de colinas que separa el Irawady del distrito de las minas de rubíes. Desde allí volvimos á bajar el rio hasta la confluencia del Myit-Nge y pudimos contemplar una vez mas, desde lo alto de un pico que graduamos en 1,700 pies de altura, el magnífico panorama que riega este pequeño y serpenteante rio, en los vastos llanos de su desembocadura, donde duermen en medio de la mas espléndida vegetacion, Sagain y Ava, antiguas capitales abandonadas.

Esta exploracion permitió al doctor trazar una carta geológica de toda la seccion de la cuenca del Irawady, comprendida entre los 22 y 23 grados paralelos, y recoger de estas comarcas, estudiadas científicamente por la vez primera, observaciones de que he de tomar yo algo con el beneplácito de mis lectores.

Mengun, que fue nuestra primera etapa, á 6 kilómetros de Amarapura, lleva en el país el característico sobrenombre de *Locura* del rey Mentaragyi. Este abuelo del rey actual empleó tres cuartas partes de un reinado de cuarenta años, el sudor y los brazos no retribuidos de millares de súbditos, y sumas incalculables, en amontonar unas sobre otras, hasta una altura de 500 pies, enormes masas de ladrillo y argamasa. ¡Pelion sobre Ossa! Créese que una predicción fatídica habia ligado el fin de su vida al de su obra arquitectónica; pero el rey dejó esta inacabada, y veinte años despues de él, el terrible terremoto de 1839, hizo de su templo de Mengun la montaña